

los años de oro, que produjeron todo lo sublime, todo lo heroico y todo lo bello, supo componer también los más ardorosos, al par que cándidos y llenos de un profundo sentido ascético, villancicos de embeleso pueril y de un amor tan fino y sentido que manifiestan, en las puras sonoridades de sus versos y en la diversidad rítmica, el delicioso encanto y la sublime ingenuidad de aquellas egregias figuras, que lo mismo descubrieron mundos y reinos que lloraban haciendo *pucheritos* ante un *Belén* de diminutos y anacrónicos personajes. Góngora desciende de su alcazar barroco, de su palacio de cristales y mármol conceptistas, para darnos en un pulido vivo y delicioso estilo, aquel villancico, preciosa joya de los cantos navideños, que comienza así: «Caido se le ha un clavel.» Lope de Vega, en los momentos más frutivos y espirituales de su vida de clérigo, filigranea con el lenguaje, la metáfora y el dogma, y canta con una sinceridad de niño grande que le sorprende al lector pensar que sea el mismo de «Fuenteovejuna». Para este turbulento genio no tuvieron las musas ni celos ni reservas. Apreciamos la sencillez bucólica de los siguientes versos chiquitos y para un niño chiquito también:

*El niño divino,
que está cansado
de llorar en la tierra
por su descanso.
sosegar quiere un poco
del tierno llanto.
que se duerme mi niño,
tened los ramos.*

Maternal, sensible, casi femenino, se nos muestra en la segunda parte de este mismo villancico lleno de la más cálida ternura:

*Rigurosos hielos
le están cercando,
ya veis que no tengo
con qué guardarlo:
Ángeles divinos
que vais volando,
que se duerme mi niño,
tened los ramos.*

El sentido teológico, embellecido con la metáfora del sol y del alba, que compara a ésta con María y al sol con Jesucristo, aparece en este otro villancico que se antoja el primer canto mañanero de un zagal que divisa a Belén desde su cima de arbustos e invita jubiloso a las campanas a que canten, porque la aurora ya ha entonado su himno de rosas y luz:

*Campanitas de Belén,
locad al Alba, que sale
vertiendo divino aljofar,
sobre el Sol que della nace,
que los ángeles tocan,
tocan y tañen.*

Hasta la irrupción del siglo XVIII, y antes de desviarse la corriente cultural y artística de los siglos dorados, los genios más agudos, las inteligencias más vigorosas y

triumfantes, continuaban dedicando tiempo e inspiración a las composiciones religiosas y pastoriles de Navidad y a los misterios de nuestra Sagrada Religión. Desde esta época en adelante, y ya victorioso el romanticismo, los númenes preclaros dejaron de pulsar el plectro de lo religioso y este canto popular entró en la corriente de decadencia general, si exceptuamos la atención pálida y mediocre que le prestaron algunos fervorosos clérigos. En el siglo XIX, con la anarquía general en el arte y la literatura, la poesía religiosa se alimentó de lo clásico, sin que se registren composiciones notables del tema que nos ocupa. A todas las melodías que aparecen le son adosadas los versos antiguos, sin que por esto pierda vida la clásica composición, sino, por el contrario, en este tiempo parece que la música, por ley de compensación, llegó a ser más melodiosa que nunca y todas las partituras representan un aire melifluido de égloga pastoril que no fué alcanzado en las pasadas centurias. En el aspecto musical y en España, hasta la aparición de la música moderna, el villancico estancado en la letra no lo estuvo en las notas del pentagrama, donde nuestros compositores, con la fragancia de su imaginación, dieron al papel pautado las notas alegres y retazonas de sus creaciones musicales. Las obras ligeras de música de fin de siglo favorecieron al villancico tanto como a la zarzuela y a la musa popular. Inolvidables son los nombres de Prado, Calahorra, Eslava, Carrera, Calvo Puig, Ledesma, Vila, el de la famosa «Nana», Andrevi, Agapito Insausti, Manuel García, Busca de Sagastizábal, e innumerables más que a fin de siglo enriquecieron los archivos de iglesias y catedrales de nuestra patria. Todo esto es historia que ha quedado atrás. El villancico moderno dista mucho de parecerse a los compuestos en esta época. A lo más hay algún hábil que sabe armonizar las dos tendencias y producir piezas muy estimables, pero todas por un desmedido afán de depuración tecnicista, flaquean, a nuestro entender, al pretender expresar exactamente aires pastoriles de regocijo popular. Ha perdido, pues, el villancico su encanto desposeyéndolo de lo que era su singular atractivo y sustancia. Tampoco creemos que choque con el Motu Proprio, y que más se trata de un problema de interpretación.

La Santa Iglesia prohibió la interpretación de algunos villancicos por su excesiva teatralidad en algunas notas. Entendemos que esas notas modificativas caben dentro del Motu Proprio, aun que al componer un villancico no quiere decir que haya de cantarse en la iglesia, sino ante «nacimientos», «belenes» y en las fiestas íntimas de esos días en el hogar. Pocos villancicos modernos han conseguido vulgarización nacional, lo que no tiene otra causa que la pobreza de elementos melódicos populares. Si le falta este elemento, no es villancico.

Quiera Dios Niño que nunca se esfume la ilusión que vuela en nuestra alma la música navideña. Que su perfume de candor alegre nuestra vida, y *festinantes* cantemos con los ángeles y los zagales: acercémos feiles, y exultantes de gozo adoremos al niño que nos ha nacido.

Fr. Bernardo Martínez Grande.

O. C.